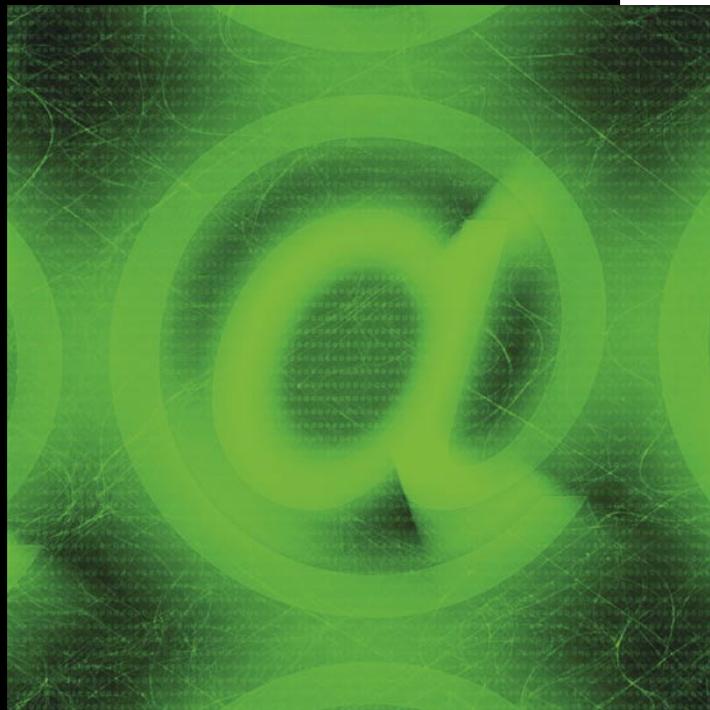


Digit@li@

por Alejandro Garnica Andrade
director general, AMAI



En el séptimo número de la revista de la AMAI —noviembre de 1995— se publicó un texto que escribí acerca de la entonces novedad llamada Internet. Para la siguiente edición, el consejo editorial de la DDT, me invitó a tener un espacio permanente sobre el tema, al que bautizamos como Internotas. Fue una sección longeva pues se publicó a lo largo de una década.

A partir de ahora, esta columna se transforma: *Internotas* cede su lugar a *Digitalia*. No se trata sólo de un cambio de nomenclatura, como tampoco se aprovecha el que la revista cuenta con un nuevo consejo editorial que propone una reestructuración profunda de la publicación. Al elegir un nuevo nombre he querido reflejar la ampliación del enfoque temático que el espacio contempla.

En la década de 1990 Internet dejó de ser mera curiosidad entre científicos que aprovechaban la infraestructura conceptual y tecnológica de una red que, por fortuna, nunca operó para mantener un mecanismo de gobierno, incluso después de un intercambio nuclear masivo entre tres de los cinco continentes. En cambio, dicha tecnología se convirtió en un sistema de intercambio de información que ha transformado aceleradamente la vida de la mayor parte de los habitantes del planeta.

Uno de los pronósticos citados aquí hace diez años es que, al ritmo de crecimiento que se percibía entonces, se vaticinaba que para 2004 todos los habitantes de la tierra accederían a Internet. Desde luego que esto no ha sido así. Sin embargo, la expansión de este medio ha sido tan poderosa como para detenernos a considerar el impacto que la “vida en línea” tiene en círculos concéntricos de la población mundial.

Al respecto, podemos pensar en un primer grupo poblacional conformado por individuos para quienes Internet es una parte relevante de sus vidas, su mecanismo primordial para informarse, entretenerse, hacer negocios y, en general, relacionarse con el mundo exterior.

Habría un segundo segmento que usa menos frecuentemente la red. Es posible que estos cibernautas no gusten mucho del medio, pero dependen de él para sobrevivir en su trabajo o en su vida cotidiana.

Un tercer grupo, mayoritario por cierto, está conformado por los varios millones de personas que no usan regularmente una computadora. Algunas, posiblemente, sólo han oído hablar de Internet, pero no tardarán en acercarse a esta tecnología. Como ejemplo podemos mencionar a los pueblos indígenas de México que observan con una mezcla de cautela y curiosidad la llegada de los nodos públicos a las localidades —o resulta extraño, por tanto, que ya existan palabras en sus lenguas para referirse a la red.

Así, todos hemos sido tocados, en mayor o menor grado, por las recién conformadas comunidades digitales. Esta nueva organización de los asuntos humanos en la que las tecnologías de la información son el catalizador principal es, pues, una “digitalia” que crea el marco en el que operan y operarán los negocios, los gobiernos, las instituciones y, especialmente, las relaciones sociales.

No hay actividad que pueda sustraerse de las transformaciones que la cibercultura trae consigo. La investigación de mercados, la de audiencias, el sondeo de la opinión pública y, por supuesto, los negocios, son claros ejemplos de esta evolución. Nuestra industria ha atestiguado cómo, en sólo unos años, las investigaciones acerca de Internet, y que se valen de esta red, nos han llevado a nuevas dimensiones. Lo mismo ha sucedido con los negocios de nuestros clientes, y claro está, con sus propios clientes.

Se ha generado una metamorfosis de los mecanismos, las formas y los protocolos de vinculación entre humanos y de las comunidades en general. Nunca antes había sido tan fácil que alguien con pocos recursos, pudiera llegar a relacionarse con tantos en forma tan rápida y precisa. Con la misma facilidad y rapidez, tan espectacular desarrollo puede alterar significativamente el *status quo*, al igual que la fuerza de los poderes tradicionales.

Para Kenichi Ohmae, el gurú del pensamiento de negocios, estamos viendo el inicio de una nueva etapa en la historia, caracterizada por la ausencia de fronteras, la invisibilidad de procesos diversos, la ciberconexión y la multiplicidad. Ésta es la digitalia de la que se ocupará esta columna. Nos interesa muy en particular la adaptación y la adopción de “la vida en línea” en los amplios confines de lo que Ohmae denomina como cibercontinente y que puede ser entendido como el espacio sin coordenadas geográficas en el que convivimos uno de cada seis humanos y al que se suman diariamente varios cientos de miles desde todos los puntos del globo.



Los retos y oportunidades en la digitalia son numerosos en proporciones iguales. A la par de los usos loables y bien intencionados de la tecnología aparecen otros que son aberrantes, abusivos y hasta perversos. En el cibercontinente se puede estudiar un posgrado a distancia en una prestigiada universidad, pagar servicios e impuestos, mantener contacto con los seres queridos o, bien, opinar sobre lo que uno quiera. Pero también hay quien aprovecha el medio para traficar con drogas y personas, para cometer fraude, difamar y prostituir.

No podría ser de otra manera, ya que la digitalia es humana, con todo lo bueno y lo malo que esta condición conlleva. Quizá sus propios aspectos oscuros son un claro indicador de la humanización de la tecnología y de la simultánea tecnificación de los seres humanos que se llevan a cabo en las sociedades contemporáneas.

Por eso la revista *Time* nombró personaje del año a todo habitante del cibercontinente: los ancianos, los jóvenes, los neurobiólogos, los oficinistas, los marginales, los poderosos, tú, yo, y todos los que varias veces al día somos creadores y receptores de la cibercultura, de la convergencia digital.

A fin de cuentas, individuos tan distintos y tan distantes somos el objeto primordial de la actividad que es el tema de esta revista y la materia prima que nutre a la comunidad de investigadores que labora en nuestra industria. ⌘